

## **De la clandestinidad al destierro. La voz de “los hijos del exilio” en la narrativa de Laura Alcoba**

Andrea Candia Gajá

Docente del Departamento de Historia en la Universidad Iberoamericana (UIA) Ciudad de México y Estudiante de Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

[andreacandia@gmail.com](mailto:andreacandia@gmail.com)

La literatura recrea realidades, experiencias y memorias de sujetos particulares que nacen de recuerdos sociales y colectivos. Juan José Saer, lo expresa de esta manera:

“la literatura, cuyo terreno no es la realidad sino lo imaginario –la realidad de lo imaginario-, busca en el mundo de la imaginación las regiones que están entre la fantasía cruda, mecánica, y las que desaparecen más allá de las últimas terrazas visibles.” (Saer: 2004: 187).

Es en el espacio literario en donde el ser humano ha encontrado el sitio adecuado para hacer de ciertos acontecimientos un acto de catarsis, de autocrítica y de revisión del pasado. El producto de este ejercicio ha derivado en obras que forman parte de la memoria histórica y literaria de la humanidad.

A pesar de todos los retos y desafíos que representó el destierro para los exiliados de la última dictadura cívico-militar argentina, fue el momento en el que se abrieron importantes espacios de denuncia social y de producción cultural que en Argentina, se encontraban mermados por la censura. De esta manera, si en su país muchos intelectuales vieron coartada su libertad de expresión, en el exilio encontraron la manera de manifestar abiertamente lo que pensaban, fortalecieron su postura en contra del régimen y levantaron la voz dando a conocer el verdadero rostro de la dictadura.

El exilio estuvo acompañado de pérdidas, nostalgia, esperanzas, lucha y anhelos. Y en medio de un mundo que les resultaba un tanto extraño, el mismo que les permitió salvar sus vidas por medio del destierro, se abrió espacio para la libertad de las palabras, que a su vez, se convirtieron en el hogar de quienes decidieron escribir “sobre y en el exilio”, una práctica intelectual que dio origen a reflexiones e interrogantes que se convirtieron en una constante en la vida de los argentinos que habían sido expulsados de su territorio.

De esta experiencia nació una generación de jóvenes que, como consecuencia de la persecución a la militancia de sus padres, debió crecer en el destierro.

A través de distintos espacios culturales, este grupo, ha reelaborado su sentido identitario para apropiarse de una historia que, en sentido estricto, no protagonizó, pero que la define. Entre estas propuestas se encuentra la literatura, lugar de reconciliación y reconstrucción.

Surgen así, figuras que determinan el curso de nuevas corrientes literarias como la escritora Laura Alcoba, quien muestra, a través de su narrativa, la experiencia de vivir la clandestinidad y el exilio siendo apenas una niña y cómo, la lectura y escritura, fueron clave en su reconfiguración identitaria.

Se dice que la creación literaria está siempre acompañada por la memoria; imágenes, sonidos y palabras se manifiestan en cada uno de los relatos. Todo lo que captan nuestros sentidos se vuelve real y presente en la literatura. El ejercicio de la memoria se encuentra precedido por la *reflexión del acontecimiento*; nunca es de acción inmediata, se manifiesta en el campo de la abstracción, en una dimensión en la cual los actos adquieren un carácter objetivo.

Recurrir a las evocaciones que graban en la memoria experiencias como la represión y el exilio, es un hecho que difícilmente se asimila en poco tiempo. Se necesita de una pausa y, quizás, de un espacio de reconciliación para poder empezar a trabajar con las imágenes, sonidos, colores y aromas que trae consigo el acto de revivir las evocaciones.

Ha sido en estos lugares de reflexión marcados, en la mayoría de los casos, por el paso del tiempo, en donde la generación conocida como “los hijos del exilio” ha encontrado la voz que la identifica.

*La Casa de los Conejos* y *El Azul de las Abejas* de Laura Alcoba, se presentan como dos trabajos literarios que, desde la mirada y la memoria de una niña, permiten observar el proceso de inserción y adaptación a una nueva sociedad, la apropiación de un idioma ajeno, el proceso de afrontar el exilio, el extranjerismo y la búsqueda de nuevas pertenencias.

### **La Casa de los Conejos: Una infancia clandestina**

“Todo comenzó cuando mi madre me dijo: ‘Ahora, ¿ves?, nosotros también tendremos una casa con tejas rojas y un jardín. Como querías’”. (Alcoba: 2008: 13). El relato arranca invitando al lector a indagar sobre lo que pasó después de ese “Todo comenzó cuando...” algo se detona con el aparente cumplimiento del deseo de una pequeña que advierte que su vida dará un giro importante a partir de ese momento.

En el título mencionado Alcoba presenta la vida de una niña de siete años que aprende a vivir en la clandestinidad, a presenciar e interpretar lo que ve, incluso a seleccionar y depurar información. Una casa de imprenta disfrazada de criadero de conejos se convierte en el espacio del cual, como si se tratara de una militante adulta, la pequeña será expulsada a vivir un exilio que, con el paso del tiempo, la transformará en una extranjera en su propio país.

La protagonista, una Laura que, comienza a ser otra, se deja ver como una niña forzada a vivir una vida de adulta. Conoce la militancia de sus padres, el nombre de la organización a la que pertenecen y, hasta donde la inocencia de una menor de edad le permite, comprende el poder del compromiso ideológico y militante de los mayores que la rodean.

“A mí ya me explicaron todo. Yo he comprendido y voy a obedecer. No voy a decir nada. Ni aunque vengan también a casa y me hagan daño. Ni aunque me retuerzan el brazo o me quemem con la plancha. Ni aunque me claven clavitos en las rodillas. Yo, yo he comprendido hasta qué punto callar es importante” (Alcoba: 2008: 18).

Fue en la clandestinidad donde muchos de los que posteriormente se constituyeron como los “hijos del exilio” forjaron sus primeros rasgos identitarios. Parece que el hecho de vivir ocultos y con un sentimiento de riesgo compartido apresuró la etapa infantil para jugar un papel de co-responsabilidad militante semi-adolescente. “Yo ya soy grande, tengo siete años pero todo el mundo dice que hablo y razono como una persona mayor” (Alcoba: 2008: 17). A pesar de tener las inquietudes comunes de la infancia, los “hijos del exilio” se enfrentaron a partir de una edad muy temprana a problemáticas que un menor de edad no debería experimentar.

El papel de los abuelos cobra fuerza en la cotidianidad de los niños. No solo como la figura que acompaña a los nietos sino como un pilar en la educación de los mismos.<sup>1</sup> Los tiempos de ausencia intermitente de los padres son suplantados por el protagonismo de los abuelos quienes, a pesar de no comulgar en ciertas ocasiones con la militancia de sus hijos, se introducen en la tormentosa dinámica de la estrategia, la clandestinidad y la persecución. En la novela, la autora narra su vida, entre las casas de sus abuelos, quienes la llevaban a calles y esquinas pre-determinadas donde se encontraría con su madre, o bien, quienes la acompañaban a la prisión para hacer las visitas a su papá que se encontraba detenido.

---

<sup>1</sup> El papel de los abuelos en la vida de los hijos de militantes fue imprescindible para el desarrollo de la mayoría de los menores. Autores como Félix Bruzzone y Mariana Eva Pérez también enfatizan en su literatura la interacción de sus personajes con sus respectivos abuelos y el protagonismo de éstos en la vida de los hijos de desaparecidos.

La *condición clandestina* acompaña a la niñez de un estado de alerta permanente en el cual la protagonista es capaz de reconocer el peligro lo cual, a su vez, la lleva a actuar de manera precautoria y guardar silencio sobre su domicilio y el nombre de los huéspedes de la casa que habitan también ella y su madre.

“Nos detenemos varias veces por el camino, para ver si alguien nos sigue. No es más que una cuestión de rutina [...] Si algo me resulta sospechoso, se lo digo al adulto que me acompaña.” (Alcoba: 2008: 24).

Aunque no se hable abiertamente, la niña identifica la ansiedad que produce el miedo; no es el temor a la oscuridad que habitualmente puede sentir un menor, existe ahora un temor tangible, como la desconfianza a ser descubierta. El miedo a decir lo incorrecto, al acecho es constante. Es como si la protagonista, en este caso, tuviera un papel involuntario que debe desempeñar dentro de la organización. El miedo es, a su vez, un código de reconocimiento, de complicidad que se intuye sin que haga falta recurrir a palabras.

“Ya estaba esperándonos una mujer igualmente acompañada de una nena, más o menos de la misma edad que yo. Nunca la había visto antes, pero le sonreí y ella respondió a mi sonrisa. Estaba probablemente en una situación semejante a la mía. Pero en todo caso, sólo su mirada me bastó para comprender que ella vivía también en el miedo.” (Alcoba: 2008: 110).

Los instantes de silencio se convierten en los espacios de identificación con el otro, cuando se descubre que la mirada es suficiente para saber que esa sensación de incertidumbre es como una salvaguarda.

En este ambiente existe, de igual forma, una normalización con sitios como la prisión. En el relato, la protagonista narra de forma habitual el momento en el que visita a su padre en el reclusorio: “Finalmente, he ido a la cárcel a ver a mi padre con mis abuelos paternos.” (Alcoba: 2008: 24). Sin embargo, a pesar de que existe un reconocimiento de ciertos lugares que podrían considerarse *inadecuados* para un menor, también es consciente de que conoce información que no puede compartir con el resto de la sociedad. Existe una *responsabilidad*, con la que carga la niña que recae sobre la seguridad de su familia e, incluso, de la organización política de sus padres.

La identidad de la protagonista, en representación de los niños que vivieron experiencias similares, parece empezar a forjarse desde lo individual, desde lo espontáneo, como si no

tuviera un origen. “Laura. Yo sólo dije “Laura” porque sé que esa es la única parte de mi nombre que me dejan conservar.” (Alcoba: 2008: 68). Es como si la ausencia de apellido fuera un sucedáneo del nombre de guerra de los militantes. Existe un arrebató de la identidad que es, a la vez, el sentido de pertenencia dentro del grupo. Se aprende a negar la realidad y a vivir en los *contrarios*. Se es en el grupo, para no ser hacia el exterior; se juega a la normalidad, para pasar desapercibido.

En esta “normalidad”, la cotidianidad se trastoca. Los hijos de los militantes son niños que están familiarizados con el significado de un movimiento armado, que han visto sobre la mesa de casa el proceso de limpieza de armas de fuego, que conocen que las publicaciones que circulan no deben ser vistas por los mandos policiales. Crecen observando sobremesas donde las risas van acompañadas de estrategias de sobrevivencia.

“Hoy es el día en que se limpian las armas. Yo trato de encontrar un pequeño sitio limpio en la mesa atestada de hisopos y cepillos empapados en aceite. No quiero ensuciar mi rodaja de pan untada con dulce de leche.” (Alcoba: 2008: 84).

Desde la clandestinidad y complicidad de la niña, el personaje sufre una transformación, una reconstrucción que será afianzada en el exilio al que inevitablemente se enfrentará posteriormente cuando su madre abandone el país rumbo a Francia.

### **El azul de las abejas: forjarse en el exilio.**

“Mi viaje comenzó en alguna parte detrás de mi nariz” (Alcoba: 2014: 9). Como la etapa siguiente a la clandestinidad, la autora narra el momento en el que se reencuentra con su madre en Francia quien hacía un año vivía el destierro en Europa. A partir de ese momento, las memorias de una niña que va de los ocho a los diez años, se concentran en su lucha por insertarse a una sociedad completamente distinta y por construirse como una persona nueva; alguien sin pasado.

De una vida intermitente, cambiante, poblada de claroscuros y oculta en Argentina, la protagonista llega a un país en donde el idioma se convierte en el primer obstáculo a superar, el mismo que le dará la libertad para concebirse como un individuo renovado y construir un camino propio.

A pesar de que no todos los “hijos del exilio” tuvieron la barrera del idioma como primer encuentro, el reajuste del castellano representó el equivalente a replantearse los códigos culturales y comprender, que a pesar de referirse en la misma lengua, se hablaba distinto.

La clandestinidad y la persecución, incluso la militancia indirecta, habían cambiado la percepción de Laura, sin embargo, sería el exilio lo que la transformaría para siempre. “Hasta que un día partí, y para siempre.” (Alcoba: 2014: 15). Hay en esas palabras una especie de ruptura y de alivio. Sabe que está fuera de peligro y desea reinventarse. El exilio representó para los “hijos”, la posibilidad de volver a ser quienes en verdad eran, a pesar de que ya habían cambiado.

A partir del momento en el que la protagonista se sitúa en un nuevo espacio, hace un esfuerzo por pasar desapercibida, como si la clandestinidad la persiguiera pero, esta vez, por voluntad propia. La decisión de ser invisible va de la mano de la añoranza de no ser identificada, de ser igual a todos. Su primera herramienta es el silencio debido a que su lengua y su acento la delatan, ese idioma del que por momentos reniega es un anclaje que la hace recordar de lo que huye, y de los motivos por los cuales están ahí.

“[...] no me gusta mostrar mi acento. Me da vergüenza... Eso es lo que me pone tan nerviosa y a veces también me enfurece tanto. Quisiera borrarlo, hacerlo desaparecer, arrancarlo de mí a este acento argentino.” (Alcoba: 2014: 34).

Sin embargo, la incomodidad de escuchar su acento, encuentra una tregua en la lectura y la escritura. La literatura se le presenta a la protagonista como el anclaje a la patria abandonada, al origen. “Algo que me gusta mucho, en las cartas que nos escribimos mi papá y yo, es que a veces logro olvidar dónde está él...” (Alcoba: 2014: 45).

El espacio literario es el vínculo de la niña con su padre detenido en Argentina, con sus abuelos y amigos, con su lengua y sus raíces. Cada semana, se propone escribir cinco cartas en donde la realidad de su nueva vida se mezcla con las ensoñaciones de una Francia que imaginó desde Argentina en la que por la ventana podría ver la Torre Eiffel.

A través de este ejercicio literario se afianza la relación con su padre quien, desde la prisión, le propone leer simultáneamente el mismo libro, ella en francés y él en castellano. En este proceso de lectura y escritura Laura se reencuentra con ella misma por medio de las palabras y del uso de las dos lenguas.

En el camino que transita como parte del proceso de adaptación la protagonista empieza a relacionarse con niños de origen francés y este espacio de sociabilidad le permite acercarse al

objetivo de camuflarse en esa nueva sociedad que la reta y motiva; que la hace vivir una especie de dualidad cotidiana y que se hace visible a través del uso y la apropiación del lenguaje. “A veces llego a entrever por qué las e mudas me emocionan tan profundamente. Ser a la vez indispensables y silenciosas...” (Alcoba: 2014: 71).

¿Podría ser esta casi obsesión por aprehender y aprender el francés una especie de negación de la patria? ¿De querer borrar la memoria del origen? ¿De poder vivir, finalmente, una niñez-pubertad sin el peso de la militancia de sus padres? O ¿Es simplemente un rasgo perfeccionista para poder encajar en el nuevo hogar? Son muchas las interrogantes que surgen a partir de dicha experiencia. “[...] todavía hablo con acento argentino. Un acento que detesto más que nunca.” (Alcoba: 2014: 72).

A pesar de la distancia, el proceso de adaptación a una nueva vida no estuvo exento de las noticias sobre su condición de argentina. Los “hijos del exilio” lograron escapar de una vida de clandestinidad prolongada, sin embargo las ausencias y las víctimas de la represión fueron tema de sobremesa durante toda su vida.

“[...] de golpe todos volvimos a estar un poco *allá*, un poco *en aquella época*, como suele decirse. Angustias, miedos, imágenes diferentes deben de haber surgido en nuestras mentes, pero ninguno los mencionó. Y nadie los nombrará, nunca, aunque los sepamos diferentes pero a la vez comunes, porque así es el exilio, no hay por qué decir más.” (Alcoba: 2014: 78).

Entre la memoria de aquellas ausencias, crecieron esos “hijos”<sup>2</sup>. Envueltos en la necesidad de encajar, de pasar desapercibidos, de poder andar sin el temor a formar parte de las listas de niños desaparecidos. En esos espacios creció Laura, la niña montonera que se resignificó en el exilio de su madre y la captura de su padre, que encontró en las letras la manera de anclarse a su origen y de incorporarse a un mundo nuevo; que hizo del lenguaje su herramienta de adaptación. “¡Hablaste en francés! Mi madre se había asombrado en castellano: *¡Hablaste en francés!*, repitió. Y de verdad era raro[...] por primera vez no había traducido.” (Alcoba: 2014: 119).

## **Escribir desde la memoria**

---

<sup>2</sup> El tema de la “ausencia” ha sido tratado también desde los enfoques de la literatura fantástica. A pesar de que ninguna de ellas vivió el exilio o la desaparición, autoras como Mariana Enríquez y Samanta Schweblin envuelven a sus personajes en ambientes en los que la convivencia con las “ausencias” forma parte de su cotidianidad. Podría pensarse que es un rasgo que mantiene cierta frecuencia en la llamada “nueva narrativa argentina”.

El trabajo que realiza la autora a través de sus textos se encuentra íntimamente relacionado con un complejo proceso de memoria en el que en palabras de Alcoba “no es tanto por recordar como por ver si consigo, al cabo, de una vez, olvidar un poco.”(Alcoba: 2008: 12). Recordar para olvidar; olvidar para liberar.

La memoria forma parte primordial en la construcción de la historia de las civilizaciones. En su faceta particular, define la identidad de un individuo, y en su carácter colectivo da sentido y futuro al curso evolutivo de una sociedad. De esta manera, la memoria se muestra como un elemento “fundamental para la formación de la identidad de un pueblo, una nación, de un Estado. La historia la escriben los historiadores, pero la memoria es la transmisión de vivencias particulares y personales.” (Catela, 2007, 2).

El proceso de creación de la memoria colectiva de una sociedad, es tan amplio y diverso como lo son sus propios individuos, y así como la colectividad se desarrolla a partir del conjunto de las particularidades, la memoria personal siempre será el producto de una práctica social y de un referente cultural colectivo. Nace de un proceso complejo de confluencia social que responde a momentos históricos, políticos y culturales específicos y se desenvuelve bajo la sociabilidad establecida por los valores que impone cierto clima cultural de época. En esa dinámica se desarrollan los textos presentados en esta ponencia. Lo colectivo y lo particular navegan de un lado al otro y se entrelazan en una misma esfera que se transforma en los eslabones que amarran y dan sentido a la historia de una nación y a la historia personal de quienes la habitan. Se entiende, entonces, que para poder consolidarse, la colectividad se nutre de relatos particulares que, en conjunto, reinterpretan la realidad y permiten conocer las aristas que definen un hecho específico o un momento determinado.

El control sobre la memoria histórica fue una de las principales herramientas del proceso de reorganización política y social de los regímenes autoritarios sudamericanos de los que fueron víctimas gran parte de los países de esa región en las décadas de los sesenta y setenta. Como parte de esta línea continua sobre la idea del bien y del mal, del vencedor y del vencido, las dictaduras, desde sus aparatos culturales y mediáticos, difundieron y satanizaron la figura del *subversivo* y emprendieron, como uno de sus objetivos estratégicos, la tergiversación y la aniquilación de la memoria de determinados sectores de la sociedad (trabajadores, estudiantes, intelectuales y académicos).

Terminar con las expresiones democráticas y contestatarias de la sociedad civil, sembrar terror en la población, censurar determinados materiales literarios y educativos, obligar a los sectores críticos a vivir un exilio indefinido, ejercer la desaparición forzada y el robo de niños



nacidos en cautiverio, fueron solo algunos de los mecanismos que los gobiernos dictatoriales utilizaron para “depurar a la sociedad” y reescribir la historia. Esta política tenía un propósito fundamental: apoderarse de la memoria colectiva y tener un país que redefiniera el rumbo de la narrativa histórica nacional bajo los estatutos ideológicos del régimen autoritario.

A pesar de haber sido brutalmente resquebrajada, la memoria recuperó los espacios que le habían sido arrebatados y creó nuevos caminos que le permitieron, incluso, apoderarse de la historia de la que pretendía ser borrada. Reflexionar sobre el presente y, al mismo tiempo, recordar el pasado, abrieron puertas al futuro. “Podemos decir que, de algún modo, el pasado está en perpetua renovación. Cada lectura, cada nueva praxis de escritura lo reelaboran y lo recrean.” (Saer en Kohut y Pagni: 1993: 109).

El trabajo de memoria que se presenta en la actualidad con la generación de los “hijos del exilio” ha puesto sobre la mesa nuevas interrogantes que, quizá, no podrían haberse formulado años atrás.<sup>3</sup> Hoy, existe una ruptura marcada por el distanciamiento temporal; pero se presenta también un fenómeno de resistencia frente al olvido, aún cuando se desee la liberación del recuerdo. No se habla únicamente del exilio, sino de cómo se resignificaron quienes sin tener opción, se vieron obligados a vivir una niñez fuera de los parámetros de la sociedad moderna y que aprendieron a conocerse y reconocerse en otros espacios. Ellos llevan y transmiten la historia; son los niños de la memoria.

### **Bibliografía citada**

-ALCOBA, Laura (2008). *La Casa de los Conejos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Edhesa.

-ALCOBA, Laura (2014). *El Azul de las Abejas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Edhesa.

-CATELA, Ludmila, (2007) “Pasados en conflictos. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas”, en BOHOSLAVSKY E, M. FRANCO, M. IGLESIAS y D. LVOVICH (eds.) *Problemas de Historia reciente del Cono Sur*, en prensa, Buenos Aires, Argentina: UNGS-UNSAM.

---

<sup>3</sup> Esta generación se ha permitido publicar interrogantes que los han llevado a dialogar y reflexionar con la generación de sus padres. Se han cuestionado sobre la militancia de éstos y su compromiso ideológico a la vez que apostaban por la crianza de sus hijos, quienes hoy constituyen la generación de “hijos del exilio”.

-KOHUT, K; A. PAGNI (compiladores) (1993). *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Alemania: Editorial Vervuert.

### **Bibliografía consultada**

-ALBERCA, Manuel (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. España: Editorial Biblioteca Nueva.

-AMERY, Jean (2001) “¿Cuánta patria necesita un ser humano?” en *Más allá de la culpa y la expiación*, España: Editorial Pre-textos.

-ARENES, Carolina; PIKIELNY, Astrid (compiladoras) (2016). *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*. Argentina: Sudamericana.

-JELIN, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo veintiuno editores.

-JIMÉNEZ MORATO, Antonio (compilador). *La piedra que se escribe. Narrativa latinoamericana desde el presente*. México: Festina Publicaciones.

-KRANIAUSKAS, John (2012). *Políticas Literarias: poder y acumulación en la literatura y el cine latinoamericanos*. México: FLACSO.

-LVOVICH, Daniel; J. BISQUERT (2008). *La cambiante memoria de la dictadura: discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.

-POZUELO YVANCOS, José María (2010). *Figuraciones del yo en la narrativa*. España: Editorial Universidad.

-SARLO, Beatriz (2006). *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo veintiuno editores.

-SARLO, Beatriz (2001). *Tiempo Presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno Editores.